

Otras veces, como sucedió en Orlamunt, siguiendo el camino que había trazado el anabaptismo, el pueblo fue escitado por cierto predicador furioso, y se precipitó sobre los monasterios, y dispersó á sus habitantes. A los dos dias, Glaz subió al púlpito, y dijo: «Yo, magnífico rector de la Academia de Wittemberg, yo me proclamo Obispo de Orlamunt.» Restablecido el orden, y apaciguada la tempestad popular, el poder civil tomó posesion del asilo abandonado, hizo un inventario de cuanto encontró, y confiscó para si los despojos conventuales, despues de haber tributado algunas palabras de piedad á los que él había permitido concluir allí sus dias por medio de la limosna cuando en otro tiempo tomó el partido de cerrar los conventos. La Alemania católica tuvo entonces otro escándalo que llorar: ya lo hemos dicho; la espoliacion operada por el poder, con desprecio del derecho de gentes y de los títulos de propiedad, alguno de los cuales remontaba su origen á los tiempos mas remotos. Entonces se vieron los vasos sagrados, que servian á la celebracion de los santos misterios, pasar á la mesa de algunos electores, convertidos en instrumentos de la gula y de la embriaguez, y desde esta mesa, mas tarde, cuando empezaron á perder su brillo y enrojecerse, fueron llevados á los museos públicos. Aquellos manuscritos maravillosos; aquellos antiguos Cristos en boj y en ébano; aquellos báculos de Obispo, regalo de Papas y Emperadores; aquellos bordados, aquellas vidrieras coloreadas, aquellos cálices de oro y plata, aquellas reliquias de la edad media, que hoy se enseñan en las ricas colecciones de Alemania, todas pertenecieron á los conventos y á las iglesias. Para robarlas habían perpetrado la espulsion de los monges. Así, despues de tres siglos ya trascurridos, no tendremos modo mejor de dar una idea del arte aleman en aquella época, que examinar los despojos de aquellos á quienes, habiendo robado en vida, calumniaron despues de la muerte.

CAPITULO XXXII.

CATALINA BORA.—LUTERO EN SU CASA.—1525.

Origen de Catalina.—Su retrato por Werner y por Kraus.—¿Lutero fue feliz en la vida de familia?—Tormentos de Lutero.—Escenas de familia.—Lutero padre de familia.—Sus hijos Isabel y Juan.—Lutero en Coburgo, y el mercader de juguetes.—Carta de Lutero á su hijo.—Lutero jardinero.—En su interior.—Alojamiento de Lutero.—El convento de Erfurt en 1538.—Lutero en la mesa.—Lo que pensaba de la música.—Cuentas de gastos hechos por la ciudad de Wittemberg á favor de Lutero.—Lutero deudor insolvente.—Hans Lull y Amsdorf.—Valor del reformador en la pobreza.—Sus limosnas.—Su fiereza en la indigencia.—Su culto á las musas.—Eobanus Hessus.

¿FUE Lutero feliz en la vida de familia? Esta es una cuestion que se agitó y debatió por los historiadores reformados, quienes la resolvieron con bastante diversidad. Bredow representa á Catalina como una mujer áspera, altiva y celosa, que atormentaba al doctor. Bredow toma esta opinion de un historiador contemporáneo, de Nas, quien conoció y visitó frecuentemente á Catalina, infatuada de la gloria marital, segun él, desdeñosa de hablar á sus vecinas, toda inflada de orgullo y de mal humor. No es este, por cierto, el retrato que hacen Bugenhagen y Justo Jonás. El mismo doctor da gracias al Señor en su *Tisch Reden* «de haberle dado una compañera piadosa y

sabia, y en la cual el corazón de un hombre podía descansar, según la expresión de Salomón (cap. xxxi, v. 2).» Meyer ha recogido en los escritos de Lutero todos los textos que pudo hallar en favor de Catalina, con los cuales prueba que fue un ángel sobre la tierra, enviado por Dios para la felicidad del monje sajón: cita, sobre todo, este pasaje, tomado de una carta del reformador: «Madre mía, Ketha te saluda: mi Ketha parte mañana para Zolsdorf.» Mas advierte el mismo que estas expresiones de ternura duraron muy poco tiempo. Lutero cesó de emplearlas en 1530, y el *meus* Ketha vino á convertirse en las cartas de sus amigos en Ketha *uxor*: sin duda en esta época fue cuando Jorge Pontano (Bruck), canciller del elector Federico de Sajonia, hizo un retrato muy poco favorable del matrimonio de su amigo Lutero, que, según su opinión, había querido hacerse un mayordomo y copero de su esposa, cicatero, roñoso, escaso, apretado, avaro y guardador de la comida y la bebida; este Pontano era el amigo de la casa y comensal del doctor, y, como si dijéramos, su brazo derecho. Lutero, en su matrimonio, debía echar de menos el silencio del claustro, tan favorable á la meditación; Catalina interrumpía muchas veces su estudio: en más de una ocasión, y cuando él se encontraba más irritado, escribiendo la respuesta á algún papista, venía ella á interrumpirle con las cuestiones más ridículas: muchas veces Lutero, por escaparse de la charlatanería de su esposa, no tenía más recurso que tomar pan, comida y bebida, y encerrarse bajo llave en su gabinete; mas este su asilo de paz no era completamente seguro é impenetrable, y con frecuencia la imagen de su esposa venía á interponerse entre él y la del Papa ó algún monje á quien abofeteaba á su sabor.

«Un día, dice este Meyer, panegirista de Catalina, que es quien refiere esta historieta; un día que él estaba encerrado con su provision ordinaria, haciéndose el sordo á los

gritos de Ketha, y continuando la traducción del salmo 22, sin hacer caso de un horrible estrépito que hacía á la puerta del cuarto, oyó estas palabras, que ella le decía al través de una ventanilla:—Si no abres, voy á buscar al cerrajero.

«El doctor, como despertándose de un profundo sueño, deja la lectura del salmista, y ruega á su mujer que no le interrumpa en su bienhadado trabajo.—Abre, abre, repite Catalina. El doctor obedece.—Yo tengo miedo por tu enfermedad, no te dé algo ahí encerrado en ese gabinete, á consecuencia del cansancio: á lo cual contestó Lutero:—No tengo más fatiga que lo que hay delante de mis ojos.»

En los primeros años del matrimonio, más de una vez recordó Ketha las dulces horas del claustro, porque el mundo, de donde ella había sido lanzada, estaba lleno de malignidad; las jóvenes de Wittemberg, hijas de familias católicas, volaban los ojos á otra parte cuando la veían, por no saludarla, y el orgullo de Catalina quedaba humillado hasta el llanto. El doctor hacía por consolarla.

Catalina leía la Escritura, y sobre todo los Salmos, donde encontraba grandes consuelos, que iban muchas veces acompañados de oscuridad, que, atormentando su femenil inteligencia, hacían necesaria la explicación del doctor, quien, por su parte, sostenía frecuentemente «había llegado á tal punto en la interpretación de los Sagrados Libros, que á él solo era dado comprender muchos textos, acerca de los cuales nosotros no podríamos tener más inteligencia que un ganso.»

Después de su trabajo, sobre todo, y cuando se paseaba con Catalina por el pequeño jardín del convento al rededor de las platabandas del vivero, donde jugueteaban infinidad de peces de colores, se complacía en explicar á su mujer las maravillas de la creación y las bondades de Aquel de cuyas manos todo había salido. Una noche las estrellas centelleaban de un modo extraordinario; el cielo parecía arder...

—Ved cómo esos puntos luminosos despiden resplandor, dijo Catalina á Lutero.

Lutero levantó los ojos, y dijo:

—¡Oh viva luz! ¡Tú no brillas para nosotros!

—Y ¿por qué? replicó Catalina: ¿es porque nosotros estaremos desposeidos del reino de los cielos?

Lutero suspira y contesta:

—Tal vez, sí, en castigo del abandono de nuestro estado.

—¿Pues no podremos volver á él? replicó Catalina.

—Ya es tarde; la carne está embravecida, replicó el doctor: y cortó la conversacion.

Algunos pasajes de sus escritos nos inclinan á creer que el reformador tuvo que ejercer más de una vez la paciencia en el interior de su casa, por lo cual se envaneece de esta virtud, y la hace objeto de gloria á los ojos de Dios y de sus amigos. «Paciencia con el Papa, paciencia con los entusiastas, paciencia con mis discípulos, paciencia con Catalina Bora; mi vida no es mas que una paciencia continuada. ¡Yo me parezco al hombre del Profeta Isaias, en el cual la fuerza residia en la calma y en la paciencia!»

«Conviene saber sufrir, decia él: el árbol sufre una mala poda, y el cuerpo una mala digestion.»

En algunos de sus escritos se descubria cierta veleidad é independencia, que la necesidad le hizo comprimir. «Para ser libre necesitaba esculpir una estatua, y que ella fuese mi mujer; en ese caso seria dócil y obediente; sin esta precaucion, inútil es pensar en su obediencia.» Bora le hizo sentir que el pobre escultor no habia encontrado el mármol de que debía salir la mujer modelo. Un dia que ella queria con toda su fuerza ser ama, el doctor alzó su gruesa voz, y la dijo: «Ama, ama: esto está bien en la casa; pero en lo demás, yo me reservo mis derechos: las mujeres han sido amas despues de Adan. ¿Y qué hicieron de bueno? Cuando Adan mandaba antes de su caída, todo estaba mejor; más

viño la mujer, y adios la concordia y el reposo. ¡Mirad vuestros milagros, Ketha! Por eso yo me irritó.

Este imperio no le habia sido molesto siempre; habia aceptado el yugo, y se glorificó mucho tiempo de sufrirlo durante los primeros años de su matrimonio, en que para Ketha era su querido doctor. Ketha se complacia en trastornarle en su docto gabinete y atormentarle con cuestiones pueriles. Habia ocasiones en que le preguntaba si el Rey de Francia era mas rico que su primo el Emperador de Alemania; si las mujeres de Italia eran mas bellas que las de Alemania; si Roma era mas grande que Wittemberg; si el Papa tenia diamantes mas preciosos que los brillantes del elector Federico de Sajonia.

—Marido, le decia ella un dia: ¿cómo es que cuando éramos papistas orábamos con tanto celo y mas fe, y ahora nuestra súplica es floja y perezosa?

Catalina Bora tuvo de su matrimonio seis hijos. Quiso ella que su hijo segundo tomase el nombre de Isabel. Amsdorf fue el padrino de Magdalena, que murió á los trece años; Isabel no vivió mas que algunos meses, y Lutero la lloró escribiendo sobre su tumba:

*Hic dormit Elisabeth filiola Lutheri.*

(Aquí descansa Isabel, hija querida de Lutero.)

—¡Pobre niña, decia Lutero; tu muerte ha destrozado mi corazón! ¡Ah! ¡Yo no creía que en el corazón de un padre pudiese encerrarse tanta ternura! Ruega á Dios por mí.»

Juan crecía; mas con la edad se le desenvolvieron los gérmenes de la enfermedad con que naciera; de manera que todas las alegrías de Lutero venian á acibararse por algun contratiempo: olvidó el mundo por hablar de su hijo.

—Mi hijo no puede abrazarte; mas él se recomienda bien á tus oraciones. Doce dias hace que ni come ni bebe; hoy

está un poco mejor, y empieza á comer y beber algo. ¡Pobre niño! ¡Era tan jugueton! ¡Está muy malito!» Uno de los cuadros más interesantes de la vida de Lutero es su estancia en Coburgo. Estando la Dieta reunida en Augsburgo, el Emperador Carlos V. quiso presidirla personalmente: el Rey Fernando, el landgrave de Hesse, el Nuncio del Papa, los electores de Sajonia, y todo cuanto la Alemania tenía de más ilustre en las armas y en las letras, estaba reunido allí. Melanchthon debía presentar á la asamblea la confesion de fe de los reformados. Lutero se vió obligado á esconderse en Coburgo, temiendo la cólera del Emperador. Paseando un día por las calles de Coburgo, se para delante de una tienda de juguetes, y habiendo venido á su memoria la imágen de su hijo Juan, de vuelta á su casa apartó á un lado el Salmo *Quare fremuerunt gentes*, magnífico canto que tradujo al alemán con toda la gracia y poesía del original, por escribir á su niño de cuatro años una carta de verdadero niño:

«Gracia y paz en el Señor, niño mio: yo tengo mucho gusto en que aprendas bien tus lecciones y de que reces bien y pidas al Señor. Continúa, niño mio, así, y á mi vuelta te llevaré un juguete muy bonito.

»Yo he visto un bello jardín, donde hay una porcion de niños vestidos con ropas de oro, que suben á los árboles de bello follaje, que cogen manzanas, cerezas y ciruelas, que cantan y saltan de alegría, que tienen unos pequeñitos caballos con bridas de oro y sillas de plata. Yo le dije al hombre dueño de este jardín:—¿Qué hacen aquí estos niños?—¡Oh! me respondió él: estos niños son los que rezan bien, los que aprenden bien sus lecciones, y los que aman á Dios. Y yo le contesté:—Amigo, yo tengo un niño que se llama Juan Lutero: ¿podria traerle á este jardín para que comiese tan buenas frutas, galopase sobre caballitos tan lindos y jugase con estos niños? El hombre me respondió:—Si él reza bien, si sabe bien sus lecciones y aprende para

ser sabio, vendrá aquí con Lippus y Jost, y cuando esté aquí, galoparán, jugarán, tocarán el pito y el tamboril, danzarán y dispararán ballestas. El hombre me llevó á lo mejor del jardín, donde habia un prado á propósito para bailar, y donde habia pitos de oro, timbales y atabalillos de plata. Mas era muy de mañana, y los niños aun no habian comido: de modo que no tuve tiempo para verles danzar. Y yo le dije al hombre:—¡Ah, señor mio querido! Voy á escribirle á mi pequeño Juan que aprenda bien sus lecciones, que sepa rezar muy bien y sea muy sabio, á fin de que pueda venir á este jardín; él tiene una tia que lo instruirá muy bien. El hombre me respondió:—Andad, señor; escribid á vuestro pequeño Hans (Juan).

«Mi pequeño querido, aprende bien tus lecciones, y reza bien: di á Lippus y á Jost (Felipe y Santiago) que sean bien sabios, y vosotros vendreis todos al jardín. Saluda á tu tia, y dala un beso por mi.»

Ciertamente, ¿dirá nadie que la mano que se entretiene con estos juguetes es la misma que escribia las cartas á Enrique VIII y Leon X? Y si le veis cultivando su jardín, separando las malas yerbas, sacando agua de la fuente para regar sus platabandas, y tan orgulloso de su parterre como en otro tiempo estaba de su Nuevo Testamento, no reconocereis, por cierto, al peregrino que ante las murallas de Worms gritaba: «Aunque hubiese allá abajo mas diablos que tejas hay en vuestros techos, yo iré.» ¿Sabeis por qué amaba tanto su jardín? Porque cuando estaba tentado del demonio, cogia su azada, riéndose bajo su capa de su adversario, de quien escapaba refugiándose entre las flores.

«Envíame cuanto antes los granos que me has prometido; yo los espero con impaciencia,» escribia á su buen amigo Linck; y cuando hubo plantado estos granos y germinaron, escribió otra carta, en que le anunciaba la buena nueva. «Mis melones crecen, y mis calabazas en-

gruesan; esto es una bendición.» Lutero amaba con pasión las flores; muchas veces se ponía de rodillas para contemplarlas á su placer.—«¡Pobre violeta, decía, qué perfume exhalas! Pero mas suave serias si Adán no hubiese pecado.—¡Oh, rosa; yo admiro tus colores, que brillarian con un resplandor mucho mas vivo si el hombre no hubiese pecado!—¡Oh, lirio, en que la púrpura te hace semejante á los príncipes de la tierra! ¿Qué serias tú si nuestro padre no hubiese desobedecido al Criador?» Creía él que despues de la caída de Adán habia Dios retirado á la creacion una parte de los dones con que la habia adornado: «Mas, á lo menos, la naturaleza, pensaba él, no se muestra ingrata como el hombre; porque el canto de los ruiseñores, el perfume de los jardines, el soplo de los vientos, el susurro del follaje, son otros tantos himnos en alabanza del Señor; en tanto que el hombre, hecho á la imágen de Dios, lo apartó despues completamente de su corazón. ¡Oh, hombre! ¡Grandes eran tus destinos si Adán no hubiese faltado! ¡Tú hubieses admirado á Dios en cada una de sus obras; y la mas pequeña flor hubiese sido para tí un manantial fecundo de meditaciones sobre la bondad y la magnificencia de quien ha formado los mundos! Y si Dios hace nacer de las rocas tantas flores de colores brillantes, y de unos perfumes deliciosos, que ningun pintor ni perfumista podria imitarlos, ¡qué de flores de todos los colores, azules, amarillas, encarnadas, podria él sacar de la tierra!»

Un día en que sus niños, estando en la mesa, se maravillaban del color de un hermoso melocoton que le habian regalado: «Mirad, amiguitos, dijo Lutero: esto no es mas que una pequeña imágen del que está en lo alto, á quien podreis contemplar en los bellos colores de la aurora. Adán y Eva tenian antes de su caída melocotones mucho mas bellos por cierto que este, con la diferencia de que, comparados los nuestros con aquellos, no son mas que unas peras silvestres.» Creía él que en el día del juicio, en aquella

vida mas allá de la tumba, de que no vemos mas que la aurora, la criatura tomara su forma primitiva; el sol, que él comparaba á la luz de una de nuestras lámparas, se avanzaria sobre el cielo, parecido al gigante de la Escritura, y con un nuevo fuego, cuyo resplandor no podrian sufrir nuestros ojos mortales; las estrellas serian otros tantos soles, cuyo resplandor reflejaria á la luna; otros cielos se abririan; otra tierra, respecto de la cual la nuestra no seria mas que una sombra, apareceria adornada de todas las gracias que hubo de perder con la caída de Adán. Despues de haber discurrido largo tiempo por estos mundos fantásticos, que auguraba habia de ver el hombre un día, «¡Pobre Erasmo! decía él, sin pensar que su observacion acusaba profundamente á la miseria humana: ¡tú no te inquietas conmovido por este porvenir de la creacion! ¡Nosotros, gracias á Dios, empezamos á admirar el trabajo del obrero en la obra de sus manos! ¡Qué de magnificencia guarda la flor sola! Y en las criaturas, ¿cómo brilla la pujanza de sus palabras! «¡Que sean,» dijo Dios, y fueron! Ved aquí este hueso de albrichigo; su fruto es amargo; mas él se abrirá; de su seno saldrá un nuevo milagro: decidle á Erasmo que admire estas maravillas; están mas allá de su inteligencia; él considera las criaturas como la vaca al becerro.»

En 1524 todos los monjes del convento de Agustinos abandonaron la fé; no quedó nadie mas que el prior y Lutero. El prior vivia tranquilo; mas Lutero se ocupó en contestar largo tiempo á los ataques de los monjes que deseaban vivir de las rentas conventuales. Constituyó al elector heredero de los bienes usurpados, y pudo así evadirse de su administracion, que no vino á encontrar allí mas que llantos y maldiciones. Lutero se despojó del capuchon de ermitaño, que no habia conservado mas que para hacer burla al Papa. El 9 de octubre predicó por primera vez en hábito clerical; es decir, con un manto brillante en

forma de sotana, abotonada hasta en medio del pecho, donde se abría á uno y otro lado, dejando ver un chaleco negro, adornado de un pequeño cuello de encaje blanco. Así es cómo le ha pintado su amigo Lucas Cranach. El elector le había enviado algunos días antes de la toma de su nuevo hábito una pieza de paño de Prusia, con un billete concebido en estos términos: «Para haceros una sotana de predicador, un hábito de monge ó una capa española.» Esto era, por decirlo así, el figurin de la época. Eck llevaba la sotana en Leipzig, Prierias el hábito, y Erasmo la capa española. Lutero no quería separarse del claustro; una idea supersticiosa como que le adhería á él creía que debía morir allí.

Después de la salida de los frailes, Lutero ocupó una celda mucho mayor que la que había tenido, y en la que el diablo le había tentado, tan violentamente, que hubo de arrojarle el tintero á la cabeza para ahuyentarlo; la puerta, que se ve aun salpicada de tinta, es un testimonio de la vision. No era ya aquella pequeña celdilla de algunos pies; era una habitacion completa. Tenia tres piezas: una habitacion para dormir, una sala de estudio, que servia tambien de salon para recibir, y un comedor. Las paredes del dormitorio estaban llenas de textos escritos con carbon, sacados de la Escritura, como este: *Verbum Domini manet in aeternum*, que él había hecho bordar sobre las mangas de los criados; ó bien tomaba trozos de los poetas profanos, de Homero sobre todo: *El que vela sobre los destinos de un país, no debe dormir toda la noche*. Staupitz fue el que hizo la eleccion de la sentencia bíblica. El gabinete de trabajo estaba enlucido de yeso alabastro, de una blancura de leche, y adornados con retratos al óleo de Melanchthon y del elector Federico, obras del taller de Lucas Cranach, y de algunas caricaturas contra el Papa, para que Lutero había dado la norma en el curso de sus conversaciones de sobremesa, que un artista nómada, como lo son

todos, las había recogido y trasportado á Nuremberg, aquel gran taller de donde salian tantos grabados en boj. En ellos, como siempre, el Papa aparecia montado en una marrana, el Papa llevado por los demonios, el Papa bajo la forma de un becerro ó de un elefante. Estas caricaturas estaban colocadas en unos marcos de madera de arce, de que pendian tarjetones con sentencias bíblicas, y las más proféticas en lengua alemana. *El día del Señor se acerca; Papa, yo seré para tí el oso en medio del camino; pasaré, y no existirás*. En fin, la vista se complacia tambien con un estante de boj, en que se veian algunos volúmenes, derechos ó caídos, que formaban lo que él llamaba su biblioteca. La Biblia ocupaba aquí, como la palabra divina en su mente, el puesto de honor y preferencia; la Biblia en latin, en griego y en hebreo; los Salmos de Melanchthon; el Nuevo Testamento de Erasmo; al lado, y unos mezclados con otros, y muy cerca de las tesis sobre las indulgencias, las Bulas de Leon X, los tratados sobre la abolicion de la Misa, sobre la cautividad de la Iglesia de Babilonia, las *Epistole obscurorum virorum*, muchos libros de Juan de Huss, *El Virgilio* y *El Colunela* de Froben de Bale, y algunas obras ascéticas, impresas en Maguncia, que le habían regalado. La habitacion tenia una figura irregular geométrica, en que cada línea lateral se quebraba alejándose en sentido horizontal, separándose después de nuevo, viniendo á morir, en fin, á una gran ventana de cinco ó seis pies de alto, cubierta de vidrios pintados en forma de disco, unidos los unos á los otros por una varilla de plomo, y que dejaban llegar la luz del día con toda suerte de matices sobre la mesa del trabajo. Esta mesa, que se ha conservado cuidadosamente, es muy parecida á una especie de buró á la Tronchin, y lo mejor, ó su más bello ornamento, es un Crucifijo de marfil, obra de un artista de Nuremberg. La cabeza del Hijo de Dios tiene una espresion admirable. El artista había visitado sin duda la Italia y